

El Kairós de la Sociedad del Conocimiento

José R. Villalón Sorzano
Catedrático-Departamento de Humanidades
UPR-Ponce

*A María Edith Díaz Casiano,
Trabajadora por la Paz*

El mundo atraviesa una época de verdadera transformación. Aún el mercado laboral se ha globalizado en buena medida. Ello es cierto especialmente en lo que se refiere a lo que Alvin Toffler ha llamado *trabajadores de símbolos*. Son, entre otros, técnicos, científicos, ingenieros, programadores, matemáticos, pensadores, juristas, educadores. Todos compiten en un mercado que se globaliza aceleradamente. De la calidad y capacidad de nuestros *trabajadores de símbolos* dependerá que Puerto Rico sea partícipe productivo de la nueva economía. De no lograrlo, esta sociedad nuestra estará condenada a seguir consumiéndose en su propia trampa con la menguante fuerza que le dé el remanente acumulado por las generaciones anteriores y por el subsidio federal.

Elías Gutiérrez, economista¹

Resumen

El autor, propulsor de una iniciativa en el Sur de Puerto Rico para el fomento de la Sociedad del Conocimiento en esa zona, identifica las dos primordiales urgencias planetarias: desarrollo de una voluntad política planetaria y desarrollo integral del intelecto. Es necesario perseguir esos fines según las oportunidades reales (el Kairós). Las tendencias de la cultura actual lo inclinan a pensar que el momento actual es más favorable al trabajo directo sobre la segunda urgencia, a pesar de la extrema importancia de la primera. Cuatro aspectos, bastante integrados, de estas tendencias, son: homogeneización progresiva de las bases del pensamiento filosófico y el científico; aparición de una informática más integrada en lo tecnológico y en lo intelectual; tendencia mayor a la unidad del conocimiento que a la unidad en la persecución del bien; independencia del nuevo conocimiento frente a las diferencias culturales.

Palabras clave: Kairós, Sociedad del Conocimiento, convergencia de las voluntades, convergencia de los saberes, ausencia de finalidad.

Abstract

The author, a promoter in the Southern Region of Puerto Rico of an initiative calling for a Society of Knowledge in the area, points to the two essential planetary urgencies: the development of a planetary political will and purpose, and the holistic development of intellect. These aims must be pursued in accordance with the real opportunities, which he calls as well as some other thinkers in Puerto Rico, Kairós. Trends observed in contemporary culture lead him to think that the spirit of the present times favors the pursuit of the second objective over the first one. Four quite coherent features of these trends are: an ongoing foundation of homogenization of philosophical and scientific thought; the rising of an integrated informatics both in the technological and the theoretical approach; a stronger tendency to the integration of knowledge than to the integration of common human goals; thought becoming increasingly detached from particular cultural views.

Key words: Kairos, Society of Knowledge, collective convergence of the wills, collective convergence of intellectual views; "finality vacuum" or absence of common goals.

En la cita colocada en exergo, el distinguido economista puertorriqueño señala el *aspecto económico*, que es el que profesionalmente le compete, de un fenómeno más amplio de formación reciente: la Sociedad del Conocimiento, que él llama, en la estela de Alvin Toffler, el grupo de los *trabajadores de símbolos*. Utiliza así, para la reforma del futuro, el valor predictivo de la percepción de un factor decisivo para el mejoramiento de nuestra sociedad. Está percibiendo el estado del Kairós que nos acompaña en lo económico. ¿Qué es, pues, este Kairós?



Posible copia del S. I d.C. del Kairós de Lisipo, existente en el Monasterio de san Nicolás, Trogir, Croacia. La imagen presenta abundante cabello sobre la frente, por donde se le puede atrapar cuando llega, pero ninguno en la parte trasera, por lo que no se le puede asir cuando ya ha pasado.

Gracias, sobre todo, a los trabajos de filósofos como Manfred Kerkhoff y Rubén Soto, la idea del

Kairós ha tenido una recepción favorable en la intelectualidad puertorriqueña. Del Kairós hablaban los griegos como de una divinidad del tiempo, distinta de Chronos. Es el dios de la oportunidad, del momento favorable que aparece en unos períodos más que en otros. Pertenece a ese tipo de dioses que ni siquiera tienen narrativas mitológicas, pero que son reconocidos como fuerzas que tienen un gran impacto en la vida de los seres humanos. Los romanos ligaban a menudo el Kairós con la Fortuna y el Azar y distinguían los días fastos y los nefastos. A veces es llamado, en contexto romano, Caerus. Como cita Rubén Soto en eruditas y sabrosísimas páginas de su estudio sobre Gracián², también san Pablo usa la imagen del Kairós para referirse a la necesidad de utilizar a plenitud el *tiempo favorable de la vida*, usando la metáfora de quien compra en la plaza una mercancía extraordinaria a precios ventajosísimos, que no durarán. Tal interpretación es reminiscente de la parábola del Salvador cuando cuenta la breve historia del afortunado hallazgo de una preciosa perla, que lleva a un visionario comerciante a vender todo lo demás que tiene para adquirirla. (Mt. 13, 45s).

Por razones de espacio me es imposible en este contexto referirme ampliamente a la naturaleza de la Sociedad del Conocimiento y a las iniciativas que hemos tomado en el Sur de Puerto Rico para tratar de promoverla entre nosotros. Quisiera sólo prevenir la falsa idea de que se trate de un movimiento de propósitos elitistas, sin verdadero arraigo en el cuerpo y en los planes de la sociedad local. Se trata, sí, de un movimiento que quisiera incorporar en nuestra sociedad,

especialmente en el mundo del trabajo en general, y de la Academia en particular, los rasgos intelectuales de una sociedad globalizada de avanzada, y al mismo tiempo que preservamos la tradición, que es muy importante, ponernos en lo posible al nivel de aquellos grupos que producen conocimiento o que lo utilizan para maximizar su participación en la economía mundial. Como medio provisional, pongo en la siguiente nota una definición de Sociedad del Conocimiento preparada para otra colaboración, y una dirección de Internet en que se podrán encontrar otros modestos trabajos y algunas referencias.³ Parece conveniente ahora, pues, hacer una somera descripción de algunas visiones del Kairós a través de la historia.

El Kairós visto en la historia

En *Hesíodo*, el Kairós se conoce a través de la observación de los reinos vegetal y animal como llenos de signos que nos revelan circunstancias que son las apropiadas para regular y dar ritmo a la vida de los hombres. ¿Cuándo es, por ejemplo, hora propicia para podar las viñas? Desde los babilonios, los seres humanos se han complacido también, para usos prácticos, en dar cuenta de la correspondencia de los ciclos de la Naturaleza, que les enseña las secretas encrucijadas de los tiempos. ¡Qué victoria intelectual cuando se reconoció que cada diecinueve años los discrepantes ritmos del sol y de la luna volvían a armonizarse! Lo casual existe solo para quien no conoce el parámetro que reconcilia las disidencias. Aristóteles usó el concepto de Kairós en su *Retórica*, refiriéndose a la

oportunidad de orientar un discurso según las circunstancias y los interlocutores. Ya antes, en los discursos de Demóstenes, el gran orador no cesa de recordar a los habitantes de las polis griegas de su tiempo, que ellos son los contemporáneos de la última oportunidad, el *Kairós* definitivo, ante la política de Filipo de Macedonia, para no sucumbir ante el militarismo y el imperialismo: luchar ahora, o ya no habrá más oportunidad de seguir siendo lo que somos: ciudades-Estado libres.

La noción de *Kairós* –aun en ausencia del término– es también como la idea matriz del concepto religioso de salvación judeo-cristiano, solo que aquí el Kairós tiene un elemento sagrado, y es objeto de una enseñanza revelada. Los prospectivos discípulos de Cristo son *Bienaventurados*, más aún que por su estado de sufridos e indigentes, por el hecho fulgurante de que ha llegado la Hora kairótica de la manifestación del momento mesiánico en el cual Dios impera de veras (Con Cristo llega “el reino de los cielos” en donde esta última palabra es un eufemismo para no proferir el Nombre divino). Se notaba también el sentido del kairós en el comentario casi laico del *Eclesiastés*, señalando que hay un tiempo diferente para cada cosa en la vida.⁴ Y cuando Cristo enseña su *paternoster*, los astros en el Cielo se ponen como ejemplo de la dirección que debe tomar la acción del hombre sobre la tierra: “Hágase tu voluntad, así en la Tierra (por los hombres) como en el Cielo (por los astros)”, en el cual los astros –el ordenado ejército celestial de los que también son ángeles (los *Sebaot*)– no se desvían un ápice de la trayectoria que se les ha trazado, para ejemplo nuestro en la tierra.

Según la escuela puertorriqueña, los textos kairológicos antiguos necesitan un método interpretativo muy especializado, en el cual confieso que no estoy versado. Esos textos tienen ciertamente interés histórico y literario y merecen la atención que se les presta. Los filósofos kairológicos de hoy se detienen también en la relación del tiempo con las circunstancias fortuitas de la sociedad y de la persona, e insisten en la necesidad de aprovechar las coyunturas en las cuales la acción, personal o de los grupos, puede ser más oportuna. Si bien el oportunismo es una actitud superficial y frívola, el mismo no debe ser confundido con el Kairós, o la ocasión favorable. Filósofos de la cultura, como Bernhard Häring, a mediados del siglo pasado, insistieron sobre todo en las oportunidades del Ahora en cada momento histórico. Dicha ocasión favorable puede discernirse, por ejemplo, a través del concepto, puesto de moda, entre otros, por el papa Juan XXIII, de los “signos de los tiempos”, que son percibidos por aquellas personas que entienden el fenómeno de los irs y venires de los humanos sobre el Planeta como un proceso en el cual el Hombre moderno, con una más aguda consciencia de su función como *auriga de los caballos de Clío*⁵, obligará a la Historia –parcialmente liberada de la Necesidad, gracias al Conocimiento– a adoptar un Derrotero; a escoger un Propósito, a columbrar la Posibilidad de imprimir un *sentido* a la existencia de la colectividad humana. (El Kairós es todo *potencia*).

En un pequeño libro reciente de gran importancia, extracto de otro no tan lejano, y titulado *Para una política de la civilización*, Edgar Morin, filósofo de la complejidad, afirma que las dos

prioridades mundiales son 1) Un retorno a la ética; 2) Una reforma del pensamiento. La segunda es una exigencia de la primera. En el libro adopta, no la acostumbrada visión localista, tan necesaria también, sino una visión planetaria, de acción de conjunto, en esta época de globalización. No se necesita una nueva ética, dice, sino un simple retorno a la ética, que no es solo una lucha contra la corrupción, sino un esfuerzo multidimensional de civilización.⁶

¿Kairós para las metas humanas planetarias?

Adelanto la opinión, sin embargo, bastante extendida hoy día, de que la situación del momento histórico en que vivimos *no* es favorable, por ejemplo, para procurar un consenso mundial acerca de los propósitos convergentes de la existencia humana. Esta es, en efecto, una Era del aprecio al valor de la Divergencia, de la diversidad, de la multiplicidad. La Ciencia misma, por su parte, nos ha acostumbrado a dejar de lado la presuposición de finalidades, cosa que juzgo aceptable desde el punto de vista metodológico, para la investigación, pero nos hace cortos de vista para otros aspectos de la vida sobre el puesto de la finalidad en la Historia y en el progreso verdadero del incompleto proceso de hominización. Desde otros puntos de vista, pues, el asunto de las grandes finalidades es cuestión que me parece mal planteada. El Universo, según el decir de tantos en nuestra época, no solo no tiene un Diseñador: tampoco tiene un Diseñador, aunque sería menos adecuado pretender que no tiene un diseño⁷. No vivimos, como sucedía hasta la época del Renacimiento, en un mundo que daba

por sentado que la sociedad tiene una meta que alcanzar, la cual estaba ligada con la trascendencia. Lo que pasa es que la meta entonces señalada estaba, como dicho, ligada a la trascendencia, y cuando el *status* de lo trascendente se debilitó, se abandonó un tanto la idea de que a pesar de ello, todavía se podía plantear la existencia de un propósito para la Humanidad. Pero no: ahora, del *divinus afflatus* (“divino soplo”) que alentaba en los textos sagrados percibimos ahora solo un *flatus vocis*: un vano soplo –carente de significado– como aire generado por una inútil y huera voz. El Universo posterior a la aparición de la consciencia, afirmo, no tiene que ser igual, ni puede ser igual que el Universo anterior, a ese acontecimiento, (supuesta y gratuitamente) considerado sin relación a un *telos*. Si bien pensáramos, “concebiríamos los elementos de la realidad –incluso los de la anterior a la aparición del Hombre– como *orientados* los unos a los otros, hasta llegar a formar el todo que columbramos como culminación de la realidad. Esta visión tiene que ver con el hecho de que el Universo es- también según la visión científica prevaeciente- organizacional, orientado, y a partir de ciertos niveles emergentes, *teleonómico* (Jacques Monod) y en sus niveles más altos, como el humano, finalístico. Sin embargo, en vez de ver este carácter tendencial del mismo mundo prehumano, vemos ahora, al contrario, al Estado, (así pues, a una realidad del mismísimo mundo humano), que hasta el Renacimiento era regido por el gerente laico cuya función era mantener las bases económico-políticas que aseguraran el bienestar trascendente de un sector de la humanidad, como algo que se reduce con Macchiavello al mantenimiento de

una *Razón de Estado* centrada en la permanencia del Príncipe.

Mientras esta idea de un supuesto punto de llegada de la Historia, antes extendida por el pensamiento de índole más trascendente, y hoy poco favorecida en el mundo secularizado, no vuelva a otra forma de maduración, y el talante del tiempo no haya cambiado, opino que difícilmente tendría éxito proponer al mundo la adopción resuelta, por parte de la Humanidad, de un derrotero claro, universal y convergente a los hombres de nuestros días. Esto sea dicho sin desdeñar el principio de una cierta irreversibilidad de la Historia. Simplemente, no es imaginable una vuelta a los tiempos sencillos de antes. Otros son hoy nuestros implícitos entendidos: “*Laissez faire!*, *laissez passer!*” “¡No hay principio antrópico!”⁸; “El Universo se expande hacia todos los azimuts, y no solo en la dirección de la aparición del ser inteligente”. (Otros aspectos que podrían traerse a colación *no* forman parte del Kairós de nuestro tiempo. Por ejemplo, sacar conclusiones favorables al finalismo del hecho que la expansión del Universo en todas direcciones, como afirman los astrofísicos, es una estricta e ineluctable *conditio sine qua non* para el sostén de la vida consciente, identificada como clímax de la densidad de energía en el Universo)⁹.

Es imaginable una razón que explique por qué hoy el Kairós no es hacia la convergencia de las voluntades. Hasta hoy, históricamente, demasiados factores centrípetos, valorados como positivos (voluntades imperiosas supresoras de voluntades individual-personales; necesidades cuyas causas no han sido identificadas y menos aún

atendidas; incompleto desarrollo de las personalidades auto-eco-realizadas; incomprendida exigencia, para la validez de cualquier propuesta, de la aceptación plena de la respuesta del *otro*; etc.,) que son en realidad formas desfiguradas de los genuinos móviles para alcanzar la deseada convergencia. El Kairós para ella llegará, pues, sólo tras un proceso de purificación.

Las consecuencias, empero, de no tender a la convergencia son funestas. La historia reciente de Occidente y su pensamiento filosófico apenas se ocupa del tema del rumbo del mundo. Cinco meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial T. S. Eliot pronunció tres conferencias ante el claustro del Corpus Christi College de Cambridge en las que se preguntaba: “¿Cuál, si alguna, es la ‘idea’ de la sociedad en que vivimos? ¿A qué fines se acomoda?” Agregaba entonces que la sociedad europea había dejado de ser irreversiblemente una sociedad cristiana, que ella misma no sabía aún reconocerlo, ni había tampoco optado, ni expresa ni tácitamente, por una nueva alternativa: simplemente, no evidenciaba dirección alguna. Y en la temprana postguerra, poco antes de su muerte, que lo sorprendió en medio del camino de la vida (a los 45 años), la vigorosa voz del filósofo del personalismo, fundador de la revista *Esprit*, Emmanuel Mounier, enardecía nuestros espíritus con su incendiario tracto *Feu la Chrétienté* (“La difunta Cristiandad”) que declaraba muerta a ésta y –casi– agonizante el Cristianismo.¹⁰

En cuanto a esta dimensión propositiva de la vida, ausente a la víspera de la Segunda Guerra Mundial, al igual que a los pocos años de iniciada

la *Guerra Fría*, su situación hoy no difiere un comino de la descrita por el mismo Eliot con las siguientes palabras, en las que ciertamente reconoceremos, tres cuartos de siglo después, el espíritu de nuestro tiempo:

Nuestro andar actual no se define tanto por sus metas, que son inexistentes, cuanto por su mero punto de partida. Nos “alejamos de...”, sin “avanzar hacia” nada definido... Nuestro destino tendrá probablemente una cara muy diferente, al momento de nuestro arribo a alguna parte, que la que vagamente tenía en nuestra imaginación al partir. Por la destrucción de los hábitos sociales de la gente; por la disolución de su natural conciencia colectiva en constituyentes individuales; por el otorgamiento de licencia de circulación a las más estúpidas opiniones; por la sustitución de educación por instrucción; por el aliento a la astucia en vez de a la sabiduría, al advenedizo, antes que al cualificado; por el fomento de un “*pa’lante*” cuya sola alternativa es una irremediable apatía; por todo esto, el *liberalismo ambiente*, en su más amplia, vaga y flotante acepción, va preparando el camino a su propia negación: un artificial, mecánico o brutal control, como desesperado remedio a su caótica condición.¹¹

¡Qué frívolas aparecen en este contexto las exultantes expresiones de Bush padre, a la conclusión de la llamada Guerra del Golfo, cuando declara ufano la llegada de “*a new World Order*”!

El Kairós para la Sociedad del Conocimiento

Pero si la más alta de nuestras funciones mentales, la *voluntad*, es ampliamente desatendida como recurso y como valor por nuestra civilización globalizada –excepto cuando se enfrenta

al aguijón de la necesidad económica, y esto con frecuente descuido de la justicia y la paralela apatía de los interesados— el Kairós de nuestro tiempo acoge, afortunadamente, en un amplexo ardoroso, toda manifestación del *intelecto*, la otra sublime función del ser humano. Nuestro mundo moderno irradia e ilumina el Universo con el esplendor del conocimiento que exhibe. Ciertamente, no es como si se hubiera ya disipado el ámbito de la ignorancia y el error, pero hace ya más de medio siglo que ha aparecido un evidente signo: hemos cruzado del mundo industrial al informático. Más de la mitad de la mercancía del intercambio mundial no tiene masa, no ocupa espacio, anula la barrera del tiempo, es inmaterial. Consiste, por el contrario, en ideas e imágenes, en datos y en noticias de todo tipo, y tienen el mayor valor económico. Nuestro mayor problema no es ya la falta de información, sino la capacidad de ordenarla y utilizarla adecuadamente. En suma: es el mundo de la información. Vivimos en la Sociedad de la información. La información ha crecido en forma exponencial y está disponible para una proporción creciente de la humanidad. Los medios para acceder a ella invaden literalmente el espacio humano y están en buena proporción marcados por la gratuidad del acceso. No todo el mundo la aprovecha, pero ciertamente está disponible para una amplia porción de la humanidad, y va infiltrándose más de lo que parece, en las vidas de casi todos. El acervo de conocimientos que potencialmente pueden afectar hoy positivamente nuestras vidas, frente a la ilustración del pasado, hace irrisoria la diferencia entre el Everest y la “Lomita de los Vientos”. Miramos, no sin cierta razón, al Conocimiento como al nuevo Salvador.

(También el antiguo Salvador pudo ser conceptualizado como Logos o como “la Verdad” [*revelada*, por cierto en más de un sentido]; también su Corazón abierto, al decir de Juan, fue un acuífero de amoroso gozo, que sacia la sed más radical, pero ahora la “mundanización del Mundo” (el Mundo que deja la imagen especular de su ser y de su destino en el más allá, imagen vicaria de la que ahora se constituye en propiedad, en un *de suyo* físico y mundano) extiende el valor salvífico del contenido del conocimiento a la realidad secularizada —no solo al Conocimiento revelado— dando importancia preponderante al brillo “miraculoso” antes reservado al Misterio *develado*). Así pues, el Kairós de nuestro cronómetro social destaca la admiración por el conocimiento, gracias a nuestro acceso a la información. Así, hasta la antigua Cenicienta de las funciones mentales superiores: los fenómenos afectivos —la emotividad— ha encontrado su Hada madrina en la *Inteligencia emocional*, que convierte la calabaza de los oscuros impulsos en la potencial carroza de una nueva eudaimonía (felicidad): la *calidad de vida*. También, entonces, por la intuición intelectual de nuestros días, hemos vuelto a dar valor principalísimo a la atención y cuidado de nuestros afectos. *Este sí* es el Kairós de nuestro tiempo.

Este panorama alentador tiene aún mucho de simple alborada, de promesa. La vida cotidiana, en todo el orbe, está marcada de amenaza, de conflicto, de frustración, de dolor, de engaño y de miseria. Incluso, la parte de la humanidad que se gloria, con dudosa credibilidad, de ser el faro de un nuevo amanecer del mundo del conocimiento es concomitantemente una fuente mayor

de desestabilización del mundo, de guerra, y de amenaza de catástrofe general. Sin embargo, hay una serie de realidades totalmente presentes que pueden ser instrumentos novedosos en el despuntar de una civilización más humana. Existe siempre el peligro de que los mismos puedan ser desviados hacia el uso deletéreo de dichos instrumentos. Los mejores medios pueden ser usados con las más perversas intenciones. Toca a las mejores fuerzas de la Humanidad aprovechar estas herramientas en el Kairós actual para inclinar la balanza hacia el uso constructivo de la plasmación sensata del futuro. Esta es también otra dimensión importante del Kairós, desde Demóstenes. La percepción del Kairós, que en el *Ahora* es el crecimiento exponencial del conocimiento, no sirve solo a la descripción del pasado –a la escritura de la historia– sino también a la interpretación del presente, y debe servir a la construcción del futuro. Advertido el hecho de que la aparición de la Sociedad del Conocimiento no es una garantía segura del encaminamiento de la Humanidad por un sendero esperanzador de paz y progreso, esta consciencia puede convertirse en un nuevo acicate para “redimir (comprar) el Kairós” hacia una nueva etapa de la civilización, que pueda incluir hasta modestos experimentos utópicos.¹²

Signos del Kairós...

Veo cuatro signos del Kairós actual a través del Conocimiento. Ya Cicerón mismo hacía el análisis y el elogio del conocimiento como la cualidad más dignificante del Hombre: “*nada hay de mejor que la Razón ni en el hombre ni en el dios... y es la primera cosa que los asocia y acomuna*”. Todo

progreso humano, y antes aún: la misma epifanía del homínido: *homo faber, homo hábilis homo ergáster, homo sapiens*, ha sido la aplicación del conocimiento a su lucha por la vida, especialmente en el trabajo. En otra parte hemos seguido el curso de la expansión de las dimensiones del trabajo en la estela de la ampliación del conocimiento. Llegados al punto en que la mercancía producto del trabajo es la misma información, hemos debido reflexionar sobre la naturaleza de la información.

1. Constató que desde varias ciencias y saberes el concepto de información está llegando a una cierta homogeneización: estamos hablando de la misma cosa cuando los matemáticos, los cosmólogos, los filósofos, los comunicadores, los cibernéticos, los psicólogos, y muchos otros, usamos la palabra *información*. No siempre fue así. Varias cosas nos separaban. Unos usaban la palabra, y estaban pensando en la realidad mental del conocimiento: la información era lo recogido en el maridaje de la observación y la memoria, productos del sujeto. Otros, más recientemente, al hablar de información, estaban pensando que, si bien la información ha de recogerse– por una combinación de procesos que crean órdenes mentales– la misma está basada en elementos inherentes a la realidad natural, que el observador meramente convierte en datos. Pero entonces, la información, antes que un fenómeno mental, es un elemento de orden (de entropía negativa) en el mundo físico. Fijándose en el prefijo *in-* de la palabra *información*, y recordando el eidos o forma platónica –con los matices que agrega Aristóteles, o sin ellos– algunos lograban comprender la realidad como la

entrada de la forma en una no muy bien precisada *materia*: ese proceso era la información, pero se creía que no estábamos hablando directamente de un proceso mental, y era además difícil concluir sobre la inexistencia de ambas (la materia y la forma), si son consideradas la una sin la otra -materia y forma- siendo, al contrario, la afirmación de una indisoluble presencia de ambas la única manera de afirmar la unidad de la realidad. Antes de haberlo leído en los mejores escritos de alta divulgación, compuestos por científicos de primera fila, Ernst Fischer, filósofo del arte, a quien ahora cito de memoria, me había convencido de la “anterioridad” (al menos lógica) de las secuencias de elementos ordenados de la materia que constituyen la in-formación, un orden inverso al que muestra la metáfora platónica, y que funda una expresión más aceptable de un “materialismo” fundamental. Aquello que se concebía como formas alternativas de definir la información se comprende ahora mucho más frecuentemente, al menos como momentos de un único proceso. De paso, se ha empezado a obtener la superación de algo que a menudo ha constituido un obstáculo a la integración de los saberes: la homogeneización del “reservorio” (pool) lingüístico de los distintos saberes, incluyendo la aceptación diferenciada de los lenguajes unívoco, analógico, metafórico, trascendente, etc. Así pues, sabemos que estamos, con diferencias manejables, hablando de la misma realidad. Esto nos permite comprender como fundamentalmente aceptables algunas definiciones elementales de información. Información, como evento, es todo cambio en un conjunto. Información, como constitutiva de la realidad junto

con la materia, es la secuencia ordenada mínima de elementos, portadora de distinción específica para un conjunto. (Los elementos solos no bastan; la información consiste en el orden de la secuencia de los mismos)¹³. La información como fenómeno mental es la conciencia de determinado orden en un conjunto. La información como proceso físico es la trasmisión a base de señales del orden en un conjunto, que constituye los datos. La información como realidad comunicable es la cantidad máxima de unidades ordenadas perceptibles en el conjunto de un mensaje. Eric Chaisson, definiendo la información en términos de energía, dice que es “el número de bits necesarios para especificar un mensaje o una estructura; la diferencia entre la entropía máxima posible y la actual, en cualquier sistema” o conjunto.

2. Cuando la información se define en estos términos, puede ser innecesario distinguir entre lo que llamamos “sociedad de la información” y lo que llamamos “sociedad del conocimiento”. No porque no sea válida la intención de distinguir entre un proceso, haciendo abstracción del valor intelectual, ético o sentimental de un mensaje, frente a su simple realidad económica o tecnológica. Esa diferencia existe. La información a menudo se transmite meramente por el valor racional como instrumento eficiente, por su valor monetario, etc., y ello no constituye lo que queremos instaurar como un nivel más alto para la calidad total de nuestra vida individual y social. Pero tal cosa no sucede porque la información sea una cosa, y el conocimiento otra, de modo que al distinguir las dos expresiones, subliminalmente atribuiríamos un valor sólo instrumental a la información y el

valor humanístico lo reservaríamos para el conocimiento, pero a riesgo de debilitar nuestra atención a las realidades “mundanas” o “materialistas” que dan paso al conocimiento.

3. Con el adelanto del conocimiento, y, sin duda, en buena medida, por medio de la incrementada formación de una sociedad del Conocimiento en varias partes del Planeta, damos un paso intermedio, muy benéfico para la constitución eventual de una Sociedad con un propósito humano unido, una sociedad del Amor y de la Paz. Lamentablemente, es una realidad el hecho de que existe un desfase entre el desarrollo ético-político y el desarrollo de la sociedad del conocimiento. El proceso de esta última, en muchos sentidos, está más adelantado que el del primero. No se excluye que haya una buena dosis de cinismo en este desfase. Hasta cierto punto (aunque solo hasta cierto punto), se conocen muchas cosas que se podrían hacer, y para realizar las cuales habría oportunidades reales. Pero en realidad *no se quiere* hacerlas. En especial, esta carencia parece residir más concretamente en los líderes políticos de las naciones. Para ello, habría que renunciar a demasiadas cosas. En una medida mayor aún que la de la desidia ambiente, según creo, desde la situación actual no estamos en una posición realmente adecuada y propicia para hacerlo. Y como diré en el siguiente párrafo, hay demasiado aún que aprender, que enmendar, que desear, para trabajar con efectividad en la consecución de la paz mundial, de la distribución de los bienes entre todos los humanos, si no a niveles locales, ciertamente al nivel planetario que en nuestra época es ya un cierto resultado real de la globalización. Sin embargo,

con el rabo del ojo podemos trabajar para esa finalidad, indirectamente, mediante la expansión del conocimiento y de la sociedad del conocimiento. Esto lo reconocen en especial los mismos grupos que trabajan por la paz, por la justicia, por la ética. Los más exitosos no son los que se dedican a hacer tratados, convenios políticos, acuerdos – sean económicos, militares, o incluso de beneficencia– en cuya acción se cuelan siempre hasta propósitos aviesos y perjudiciales, trampas, engaños. Los más exitosos son los que estudian, los que enseñan, los que resuelven problemas (en el sentido de los problemas intelectuales necesarios para tomar de decisiones). Notar que estos medios son todos intelectuales. Claro que una parte muy importante de esta enseñanza de la paz es hacer tener a grupos experiencias de pacificación, de reconciliación, de hermandad. Estas experiencias, hasta ahora, solo se han podido hacer a la escala interpersonal privada –y eso es un gran éxito y lo primero que ha de lograrse– pero para resolver los problemas del mundo, ha de llegar a hacerse a escala internacional, mundial, total, política. Y a eso, estamos lejos de llegar.

La razón por la cual el incremento del conocimiento es un paso intermedio necesario y eficaz para un acercamiento mundial de las voluntades, es que el ejercicio del intelecto tiende mucho más a la unidad, de lo que tiende a ella el libre ejercicio de las voluntades. La mayor parte de la humanidad está mucho más dispuesta a descartar el error que a descartar el deseo insano. Newton no volverá nunca completamente, después de Einstein; Lamarck no volverá nunca completamente, después de Darwin; la *Steady State theory of the*

Universe no volverá nunca completamente después del descubrimiento, en 1965, de *the cosmic microwave background radiation* o después de la constatación del alejamiento progresivo de las galaxias entre sí. Pero propósitos como los del Nacionalsocialismo, o el Estalinismo, o el actualmente predominante neoliberalismo pueden arropar al mundo una y otra vez.

Es de esperar que, como decía Cicerón, si el hombre fuera, por su inteligencia, consecuente consigo mismo y si alguna vez se dejara arrastrar por la bondad de su naturaleza, la razón se abrirá paso en su función principal de orientadora de la voluntad, y reconociendo las exigencias de una visión integral y compleja de la naturaleza humana, comprenderá finalmente que el ser humano no es “unidimensional”: que para lograr sus propósitos tiene que atender a los principios perennes de lo que constituye la necesaria ordenación en la línea de su verdadero desarrollo. El *voluntarismo*, entendido en su forma restricta de constreñir la propia voluntad, o peor aún, la voluntad no completamente convencida de los otros, sin amplias explicaciones racionales, no podrá nunca llevar a una convergencia hacia la paz y la justicia.

4. Uno de los rasgos del estado actual del conocimiento en el mundo es que se va globalizando en una medida comparable con la globalización de los otros elementos globalizados o globalizables. Es decir, el conocimiento está adquiriendo unas características de universalidad que supera las fronteras de todo tipo de grupos. Incluso el término *internacionalización* es inadecuado para

describir este estado de cosas. Las *naciones* son, en efecto, entidades cada vez más negligibles como parámetros para la difusión del conocimiento. El conocimiento no solo está trascendiendo las dificultades de traducción o traslación: está modificando las relaciones mismas entre las lenguas. El estilo, la índole, del conocimiento globalizado es cada vez menos dependiente de las diferencias culturales, que operan a veces como factores de incomunicación. No estamos hablando de la deseabilidad o no deseabilidad de este estado de cosas, sino de la realidad de que se está constituyendo en una característica básica del nuevo estado del conocimiento.

Pues bien, este conocimiento nuevo, globalizado, participa de las características que el estructuralismo genético descubrió en el lenguaje. Me estoy refiriendo especialmente a lo que Lucien Goldmann denominó los “límites de la consciencia posible”. Goldmann lo estudió particularmente en la homología estructural del pensamiento raciniano y el pascaliano, determinado no solo por el avance epocal del conocimiento, sino por el nivel de refinamiento de las estructuras de todo tipo que esa forma había imprimido en la vida social, y que las mejores mentes podían “leer” en ellas y generalizar a partir de las mismas. Los más visionarios de los pensadores son aquellos que pueden leer las estructuras mentales fraguadas en los textos y obras de arte de sus recientes contemporáneos, o de pensadores del pasado olvidados, para incorporar esas estructuras a una nueva cosmovisión, haciendo los ajustes para descartar elementos que ahora no resultan integrables. El resultado es una ampliación del horizonte intelectual, que resulta ser el nuevo “límite de

consciencia posible”. Así, una meta a corto plazo del pensamiento creativo es hacer retroceder ese límite. El proceso de esta andadura intelectual, según la teoría de la complejidad, es lograr incorporar información hasta ahora perteneciente al *contexto* –por el descubrimiento de nuevas relaciones– a la centralidad del *texto*.

Los límites de la consciencia posible han sido señalados para una determinada época, en unos desarrollos magistrales, también Jean Bottéro, en su excelente estudio sobre Mesopotamia, muestra cómo es inapropiado llamar *código* al texto esculpido en la estela de Hammurabi, porque una estructura tipo código rebasa ampliamente el límite de consciencia posible para la mentalidad de un hombre del siglo XVIII A.C. Ese nivel de consciencia posible fue alcanzado incipientemente por los jurisconsultos y los recopiladores de Justiniano; ciertamente expandido por Graciano en el medioevo, y, en mi opinión, solo con suficiente plenitud a partir de los juristas napoleónicos. Hoy día es moneda común en toda la tradición civilista romano-germánica. Este concepto de la vinculación de un nivel (máximo) de consciencia posible, en una época determinada, con las estructuras del conocimiento en una determinada época de una cultura debe adaptarse para dar cuenta de lo que está pasando con el pensamiento en la época de la globalización. El nivel de consciencia posible se está desligando de las culturas y se está convirtiendo en una especie de sombrilla única para todas las sociedades del conocimiento. Independientemente del valor antropológico de la diversidad cultural, del derecho a mantenerla, y del interés por lograr mantenerla;

independientemente también de la riqueza de las tradiciones –que no tendrían por qué desaparecer– se percibe la aparición de un nuevo pensamiento más apto para trascender particularismos e ideologías. Este nuevo pensamiento resulta necesario que sea adquirido en un determinado momento por importantes sectores de la humanidad. Debe emprenderse un estudio que permita determinar si la actual coyuntura de nuestra sociedad lo exige para cada sector.

Por fin, otro de los rasgos más sobresalientes de la sociedad del conocimiento es que no se trata simplemente de un movimiento intelectual. La información, el conocimiento, han invadido con toda naturalidad el mundo de la acción, en especial de aquella acción, central en la vida del Hombre, que se llama *Trabajo*. El trabajo ha sido estudiado desde diferentes ángulos, no solo el de la adquisición de la riqueza, de la productividad, de los elementos sobre los que se trabaja (materia prima, materia transformada, transporte, acción corporal, servicio personal, comunicación, imágenes, ideas). Se conocen y pueden aplicarse desde ahora los principios de su **desalienación**. Incluso, como señalan Naisbitt y Aburdeen, hasta cierto punto hay una convergencia espontánea del *High Tech* producido por la sociedad del conocimiento, con el *High Touch* de una sensibilidad humana que aumenta la calidad de vida y multiplica la productividad del trabajo.¹⁴

Creo que es evidente que el esfuerzo por lograr el status de una sociedad del conocimiento no pertenece al kairós de todos los pueblos del Planeta

en el Ahora. Pero creo que muchos de los informados lectores convendrán en que Puerto Rico, y en particular los núcleos poblacionales del sur de Puerto Rico, tienen abierta en esa dirección una real oportunidad. El hecho de que en este ensayo, por falta de tiempo y espacio, no sea posible aproximarse más a la certeza de esta creencia, a través de la presentación de datos y razonamientos, apunta mayormente a la necesidad de encontrar esa oportunidad, y a la de sentarnos a planear su realización.

Recibido: 7/2/11

Aprobado: 20/2/11

Notas

¹<http://graduados.uprrp.edu/planificacion/facultad/elias-gutierrez/ensayos-compleja-realidad.pdf>, pág. 135

² Soto, Rubén, *Ocasión y Fortuna en Baltasar Gracián*, San Juan (Publ. Puertorriqueñas) 2005, pp 103-116. Soto cita las sentencias exegéticas de sabios antiguos y modernos sobre el verbo ἐξαγοράζειν, usado por Pablo en diversos tiempos verbales, y traducido al latín, entre otros, por Erasmo, como *redimere*, *redimenter*. Hago notar que a pesar del valor religioso del verbo, aquí viene de perillas su sentido etimológico de “comprar”. Por cierto, en la misma metáfora religiosa, no muy bien perfilada, la *redemptio* es una *compra*, o *recompra* de nuestro destino, al precio de la sangre de Cristo. Por otra parte, como cita Soto, nadie traduce mejor que Erasmo, que en vez de *tiempo* (como traduce s. Jerónimo en la Vulgata) vierte el original griego por *ocasión*.

³ He aquí la definición:

Se califica de *Sociedad del Conocimiento* a aquella sociedad que exhibe un estado avanzado de desarrollo ciudadano por el cual una buena proporción de los habitantes de un asentamiento humano moderno y complejo utiliza en su vida diaria y en

su actividad laboral, en forma preponderante, los productos de una mente bien formada, vive consciente de la naturaleza, estructura y funciones de las más elevadas interrelaciones sociales, y asume un rol proactivo en su mantenimiento, promoción y disfrute, gracias al auge que la información, las ideas y el intercambio intelectual han alcanzado en las principales facetas de la vida cotidiana.

En la siguiente dirección se pueden encontrar materiales y textos alrededor del tema: www.ciscon.org

⁴ Eclesiastés (Qo.) 3, 1 – 11.

⁵ Clío es la musa de la Historia. Cuando el Hombre emerge de la prehistoria, va adquiriendo poder sobre la Naturaleza por su conocimiento de la misma y sometiéndola en parte a sus propios propósitos. Puede entonces influir sobre el curso de la historia e iniciar la única verdadera dialéctica.

⁶ Edgar Morin, *Para una política de la civilización*, Barcelona, (Paidós) 2009, passim.

⁷ Sugerencia lúdica: Trate de traducir esta última oración en inglés y medite sobre la hipotética homonimia inglesa de *designio* y *diseño*. Según el OED (pero no según el DRAE) la homonimia conllevaría no sólo la misma ortografía y pronunciación sino igualmente diferentes significados y orígenes. El dimorfismo de este binomio en español se explica, no por la diferencia en la época de aparición (origen) del cultismo *designio*, que aparece según Corominas ya en 1569 con Ercilla, sino por la influencia intermediaria de la forma italiana *disegnare*, ‘dibujar’, que da ya *diseñar* en Juan de Valdés para 1535, y *diseño* en 1589. La diferencia de significado entre *designio* y *diseño* estriba en la oposición *subjetivo-objetivo*.

⁸ El principio antrópico, que reserva un [privilegiado] “puesto del Hombre en el Cosmos” (para utilizar el atractivo título de un célebre libro de Max Scheler) tiene varias concepciones diversas, y es dejado en *epojé* en este ensayo, pero la tendencia a negarlo

es un rasgo del pensamiento de nuestro tiempo.

⁹ Eric Chaisson, en *Cosmic Evolution*, Harvard U. Press, 2001, p. 126, dice: [C]osmic expansion itself is the prime mover for the construction of a hierarchy of complex entities throughout the Universe. Tal visión hace convergentes la importancia de la “Naturaleza preconsciente” y la consciente, que es una especie de *dépassement* (superación).

¹⁰ La Cristiandad sería el histórico cuerpo social concretamente animado del espíritu cristiano, con sus concretas virtudes y concretos defectos. El Cristianismo es el sistema coherente de ver la Realidad y actuar sobre ella con los ojos de Cristo. La diferencia de la idea de la *muerte de Dios* proclamada por Nietzsche con la que estamos examinando en el siglo XX es que ahora los anunciadores de dicha muerte son los propios creyentes (Mounier, Robinson). Es reconfortante señalar que afloran también nuevas voces como las de Massimo Borghesi, *Reflexiones sobre un nuevo comienzo*, recobrado en enero 2011 del internet, http://www.mercaba.org/ARTICULOS/reflexiones_sobre_un_nuevo_comie.htm#_ftn1, y de Virginie Riva *Les débats intellectuels sur l'Europe au prisme du religieux en France et en Italie*, también en enero 2011 en internet, <http://www.cairn.info/revue-politique-europeenne-2008-1-page-61.htm#ret>

¹¹ El texto como aquí escrito es una versión libre de un párrafo del de las citadas conferencias, recogidas más tarde con otros escritos de T. S. Eliot en un volumen recopilativo editado bajo el nombre de *Christianity and Culture*. La edición no tiene fecha, pero es ciertamente posterior a 1977.

¹² Juan Carlos Tedesco, en *Educación en la Sociedad del Conocimiento*, Buenos Aires, 2007 (6ª reimpr.) Fondo de Cultura Económica, es particularmente sensible a las posibilidades de que la Sociedad del Conocimiento no sean duraderas en todos

sus aspectos. Los fenómenos que analiza, dice, “se caracterizan por su novedad y su inestabilidad”. Razón de más para aprovechar las oportunidades que se presentan. “Nadie duda que estamos viviendo un período de transformaciones muy profundas, pero no sabemos si esta dinámica de cambio será constante...” En cuanto al libro ya citado de Edgar Morin, el mismo señala con meridiana lucidez: 1) los “desafíos gigantescos” de un curso de la Historia que no puede dar marcha atrás (por tanto, que tiene que asumir una política civilizatoria integrada), pero en el cual la soluciones adoptadas se han convertido en los problemas cotidianos del mundo civilizado; y 2) la falta de una mutación social concomitante que acompañe la mutación técnica, que es ya un hecho, potencialmente positivo, pero que degrada la calidad de vida cuando todo lo sacrifica ante el imperativo (ante el “*bottom line*”) de la competición económica.

¹³ La relativa novedad de esta visión nos hace celebrar la aparición de Davies, Paul, y Gregersen, Niels Henrik (Eds.), *Information and the nature of Reality, From Physics to Metaphysics*, Cambridge 2010 Cambridge U. Press), especialmente la contribución inicial de Ernan McMullin.

¹⁴ Edgar Morin es sensible en algunos contextos a la necesidad de extender el estudio del trabajo, cambiando su nombre, al estudio de toda la actividad humana. Es imprescindible continuar hablando del trabajo en algunos contextos, porque ciertamente hace falta referirse al factor ganancia, remuneración, valor. Pero si no queremos naufragar en una visión predominantemente economicista, hay muchas dimensiones de alto valor en la actividad humana que no están comprendidos en el vocablo *trabajo*. En otro contexto me he referido a la amplitud del campo semántico de la acción humana para avanzar hacia la auto-realización.